

Edad Media. Filosofía cristiana

El problema de la relación entre la razón y la fe

Durante la época del Imperio Romano y especialmente a partir del siglo II, coincidiendo con las sucesivas crisis económicas que con el tiempo conducirían a su derrumbe en el siglo V, se produjo un giro hacia el espiritualismo entre la población que condujo a la proliferación de supersticiones y la adopción de nuevas religiones, en su mayoría procedentes de Oriente. La mayoría de estas religiones eran politeístas y continuaban el perfil de las religiones greco-romanas.

Entre ellas se encontraba el Cristianismo, que había evolucionado a partir del Judaísmo, la primera religión monoteísta de la historia. También **monoteísta**, la religión cristiana presentaba sin embargo rasgos característicos que con su rápida expansión acabarían ensamblándose con la filosofía griega para conformar la idiosincrasia distintiva de la espiritualidad occidental.

La primera de esas características fue la **Universalidad**; mientras el Dios de los judíos había elegido un pueblo como suyo de entre todos los que poblaban la faz de la tierra, el Cristianismo mantenía que el único Dios era el Dios de todos los hombres. Todos los hombres eran sus criaturas y, frente al Dios justiciero e implacable del Antiguo Testamento judío, el Nuevo Testamento cristiano revelaba un Dios amable y benevolente con sus hijos a los que amaba por igual hasta el punto de ofrecerse en sacrificio para guiarlos a lograr su salvación. Surge así la idea de la **igualdad** natural de todos los hombres ante Dios que chocaba con las diferencias de naturaleza características de mentalidad greco-romana, igualdad que hacía de la



libertad el elemento clave de la salvación, al hacerla depender de las decisiones individuales de las cuales se derivaría el **mérito** que hacía a cada cual **digno** de ser feliz. Si bien la felicidad no se alcanzaría en esta vida, el cristianismo brindó la realización del ideal de toda teoría de la salvación al proponer un ideal **trascendente** prometiendo la felicidad después de la muerte y con ello la **inmortalidad**.

Pero todas estas novedades pronto chocaron tanto con la mentalidad teológica judía como con la de los filósofos de tradición griega, para la que resultaban evidentes las diferencias de naturaleza en los seres humanos y especialmente las difundidas por el estoicismo, que hacía hincapié en la necesidad que rige los destinos de los hombres. Además, el cristianismo proponía soluciones nuevas a problemas tradicionales de la filosofía, como el problema del arjé, al que daba original respuesta con la noción de **creación ex nihilo**.

Así, los filósofos pronto consideraron que el cristianismo defendía tesis contrarias a la razón, lo que llevó a los intelectuales cristianos a plantearse la que durante siglos va a ser una cuestión fundamental en sus reflexiones; a saber, dilucidar la posibilidad o imposibilidad de explicar racionalmente sus creencias; en definitiva explicar la **relación que existe entre la razón y la fe**.

Entre los primeros intelectuales cristianos los hubo que, movidos por la intensidad de su fe, despreciaron todo interés en alcanzar una justificación racional de la misma, es el caso del **Apologista Tertuliano** que, **separando radicalmente** ambas concedía una **primacía absoluta a la fe** sobre la razón, llegando a mantener la posibilidad, que al parecer le resultaba indiferente, de que la razón fuese en contra de la fe: “Creo porque es absurdo”.

Posturas voluntaristas

Mas esta postura no se sostuvo mucho tiempo, al fin y al cabo no solo la revelación provenía de Dios, sino que también la razón misma nos había sido concedida por Él, resultando así incompatible con su bondad la posibilidad de un enfrentamiento entre ambas. De modo que los Primeros Padres de la Iglesia, que ya había empezado a mostrar sus dotes de organización y buscaba un fundamento sólido para su doctrina, se orientaron a la tarea de hacer compatibles ambas y, si bien no llegaron a proponer verdaderas demostraciones, sí formularon argumentos con los se podría apoyar razonablemente sus creencias. San Agustín, por ejemplo, muy influenciado por el neoplatonismo, mantenía, a principios del siglo V d. C., que las verdades universales, inmutables, necesarias y eternas, “verdaderas verdades” como le gustaba llamarlas, tales como que “se debe hacer el bien y evitar el mal”, no puede proceder de ninguna observación sensible, pues todo lo que nos rodea está cambiando constantemente, sino que las encuentra dentro de sí aquel que dirige su mirada sincera hacia su interior, descubriendo en su fuero interno una verdad que no puede rechazar, que se le impone porque no depende de él, que no puede negar ni alterarla un ápice sino que, aún descubierta en su intimidad, reconoce como procedente de algo exterior y superior a sí mismo; es la verdad misma que se nos hace presente, la verdad eterna e inmutable, la verdad que existe en sí y por sí misma, que nos **trasciende**; esa verdad es lo que llamamos “Dios”, Aquel que dice en la Escritura: “Yo soy la verdad”; es el “Dios escondido en el hombre”, que nos **ilumina** con su luz.

En un proceso de “**trascendencia hacia dentro**”, dirigiendo la mirada desde exterior hacia el interior, el hombre se trasciende y reconoce en sí la existencia de lo superior. Es este ciertamente un argumento que no demuestra, porque hace falta una intención, un querer ver, una predisposición, un acto de la voluntad bienintencionada, lo que hace exclamar a San Agustín “**sin haber creído, no entenderéis**”. Sigue habiendo, pues, una **primacía de la fe** sobre la razón, por lo que son actitudes **voluntaristas**, pero ya no hay rechazo ni suspicacia respecto de esta última, no hay contradicción ni incompatibilidad entre ambas, se busca la **conciliación**.

Posturas intelectualistas

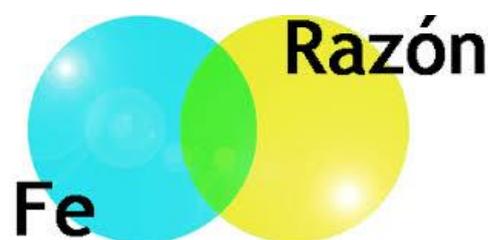
El caos en que se sumió occidente tras la caída del Imperio romano comienza una lenta recuperación a partir del siglo IX. Carlomagno pretende el renacimiento del Imperio no solo a través de las guerras de conquistas sino también mediante el impulso de la cultura fundando la escuela palatina y promoviendo las escuelas monásticas que acabarían dando lugar a la creación de las universidades a partir del siglo XII.

En estas escuelas, especialmente en las catedralicias y en las universidades que surgieron de ellas, los autores cristianos dedicaron un gran esfuerzo a la comprensión de la revelación y a la integración sin contradicciones de la cultura clásica con la doctrina oficial de la Iglesia católica.

Ya en el siglo XI nos encontramos con el primer intento de demostración de una verdad de fe por parte del arzobispo Anselmo de Canterbury que expuso su argumento, denominado posteriormente **ontológico**, en el que, partiendo de la noción esencial de Dios como lo más perfecto que puede ser pensado, concluyó que no puede ser pensado sin contradicción como no existente y por tanto necesariamente debe existir.

Pero el momento culminante de este esfuerzo intelectual de integración, el **apogeo de la Escolástica**, se produjo en el siglo XIII y fue llevado a cabo por el dominico **Tomás de Aquino**, que llegó a ostentar el cargo de Maestro en Sagrada Teología en varias universidades europeas, alcanzando el ideal perseguido por la filosofía escolástica de unificar en un único y gran sistema las conclusiones puramente racionales de la ciencia, a la sazón representada por la ciencia aristotélica, y el mensaje revelado objeto de la fe.

Con el fin de realizar tal unidad hubo de completar la filosofía aristotélica aportando ciertas diferencias conceptuales importantes, especialmente la referida a la distinción entre la **esencia y la existencia** que le permite conciliar la eternidad del mundo contenida en el sistema aristotélico con la doctrina cristiana de la creación. La comprensión de la esencia como potencia respecto de la existencia abre paso a la consideración de la realidad material como contingente, al no depender de sí misma para existir, lo que en última instancia implica la necesidad de una causa primera de la que reciban la existencia todas las demás cosas. Esa causa primera será la existencia misma, el ser que existe por sí mismo, el ser necesario, eterno, causa creadora de todas las cosas, fin último de todo lo existente, perfección absoluta, es decir, Dios. Remontándose así **del efecto a la causa** Tomás pretende una demostración de la existencia de Dios perfectamente compatible con la razón, abandonando las suspicacias respecto de esta última y estableciendo entre la razón y la fe una relación de igualdad al considerar que la verdad es el resultado de la mutua colaboración entre ambas y está, por tanto, libre de contradicciones. **La fe orienta** a la razón y ésta proporciona los **procedimientos demostrativos** para llegar a la verdad.



La crisis de la Escolástica

El enorme poder que había alcanzado la Iglesia y sus continuas pugnas con los reyes y emperadores condujo a la alta jerarquía eclesiástica a orientar sus preocupaciones más hacia las cuestiones temporales que a las propiamente espirituales, desvirtuando su trayectoria y provocando continuas disputas con el poder político, así como discrepancias internas como las que promovieron los partidarios de una recuperación del espíritu primitivo del cristianismo, tendencia ésta representada por las órdenes mendicantes, llegando a alcanzar el grado de enfrentamientos directos en el caso de los partidarios de una separación del poder político y religioso, aliados con los reyes y emperadores, que condujo a una escisión de la Iglesia, en la que llegó a haber tres obispos que se disputaron la autoridad pontificia, que duró más de cuarenta años, conocida como el Cisma de Occidente.

En este contexto muchos intelectuales cristianos comienzan a sentirse incómodos con la supeditación de la razón a la fe que suponía una atadura del pensamiento y de la Filosofía, de la que se llegó a considerar que se había convertido en sierva de la teología, iniciándose así un proceso lento pero continuo de **separación de ambos campos** que, con el tiempo, conducirá al nacimiento de la Ciencia Moderna.



En esta separación de razón y fe cumple un papel relevante la doctrina **nominalista** cuyo defensor más destacado fue Guillermo de Occam. Según Occam solo el conocimiento sensible nos puede informar de la existencia de algo y no debemos aceptar la existencia de más entidades que las que sea necesario aceptar, es decir, de aquellas de las que tenemos una experiencia directa o se derivan necesariamente de ella. Así pues, Occam niega validez a los términos llamados universales que se refieren a realidades abstractas que según Occam no existen ni fuera (esencias) ni dentro de la mente (conceptos).

El principio según el cual no se deben multiplicar los entes si no es necesario fue conocido como “la navaja de Occam” (“con la que puso las barbas de Platón a afeitarse”) porque lo utilizó profusamente para rechazar las argumentaciones de la teología (demostraciones acerca de Dios), de la psicología (demostraciones acerca del alma) y de la moral (demostraciones acerca del bien). No porque Occam no fuera creyente sino al contrario para defender la autonomía de la fe, que no necesitaría de demostraciones para afirmarse. De la misma manera que tampoco la razón debería estar condicionada por las cuestiones de fe. Se iniciaba así el camino de la nueva separación de razón y fe atribuyendo a cada una de ellas un campo propio de actuación, sin interferencias mutuas. La fe debería ocuparse de sus asuntos relativos a la cuestión de la salvación del hombre y del recto vivir, mientras que la razón quedaría libre para dedicarse al estudio de la naturaleza sin servidumbres ni condicionamientos teológicos.